AÑO II — BUENOS AIRES 12 DE FEBRERO DE 1923 — N.o 56

LA PROTESTA

Precio 10 cts. SUPLEMENTO SEMANAL Porte pago

U. Telefónica 0478 B. Orden — Redacción y Administ.: PERÚ 1537 — Valores y giros a A. Barrera

Dos conquistas "revolucionarias"

Libertad de comercio y represión "chequista"

Los agentes viajeros del bolcheviquismo y los representantes de las diversas sucursales de Moscú, destacados unos y otros en Europa y América para promover "agitaciones revolucionarias" que faciliten la aproximación de la burguesía a los dictadores rojos, se han empeñado en demostrarnos el fracaso de la revolución proletaria. Cada ejemplo que nos presentan los visitantes de la Meca comunista... y cada argumento que aportan en sus largas cartas estadísticas para poner de manifiesto el creciente poder de la comisariocracia encaramada en las espaldas del proletariado para seguir gobernando con el "knut" a los obreros y campesinos del que fué imperio zarista, nos convencen más del aleve y calculado estrangulamiento de la revolución, llevado a cabo por el partido bolcheviqui.

Uno de esos agentes viajeros, o "veedores" mandados a Moscú para estudiar sobre sobre el terreno los métodos gubernamentales del comunismo de Estado y la eficacia opresiva y represiva de la llamada dictadura del proletariado, hizo públicas sus primeras impresiones de tierra santa... Dos conquistas revolucionarias, aparte de otras minucias, consiguieron los trabajadores rusos gracias al golpe de Estado bolcheviqui, nos dice el agente viajero encargado de vender la percalina barata del comunismo, en la república del Uruguay.

Hemos tratado de encontrar esas dos conquistas revolucionarias y solo encontramos dos casos bien patentes de regresión y de intolerancia: retirada en el terreno económico y avance en el tortuoso camino de la barbarie y de la incivilidad... ¿Y esos son los triunfos conseguidos por el proletariado ruso después de casi seis años de revolución?

Veamos el triunfo revolucionario. (Habla el agente viajero arribado recientemente a la otra orilla del Plata):

"En todo el tiempo que estuve en Moscú pude asistir al interesante proceso de la transformación económica, fruto de la nueva política que tanto ha dado que hablar en todos los países del mundo. Cuando yo llegué a Moscú, el alimento en general era de pan negro y te. Pero cuando yo abandoné esa ciudad, puedo asegurar que se comía allí mejor que en muchas capitales europeas. La buena cosecha última y el incremento del comercio privado a que dió márgen la nueva política económica ha llenado los mercados provocando una animación indescriptible en la población. Los campesinos concurren a las ciudades y venden sus artículos con toda confianza. En estos últimos tiempos había huevos, fiambres, legumbres y frutas en abundancia y a precios relativamente económicos.

Y ahora el triunfo político. (Sigue hablando el mismo agente viajero):

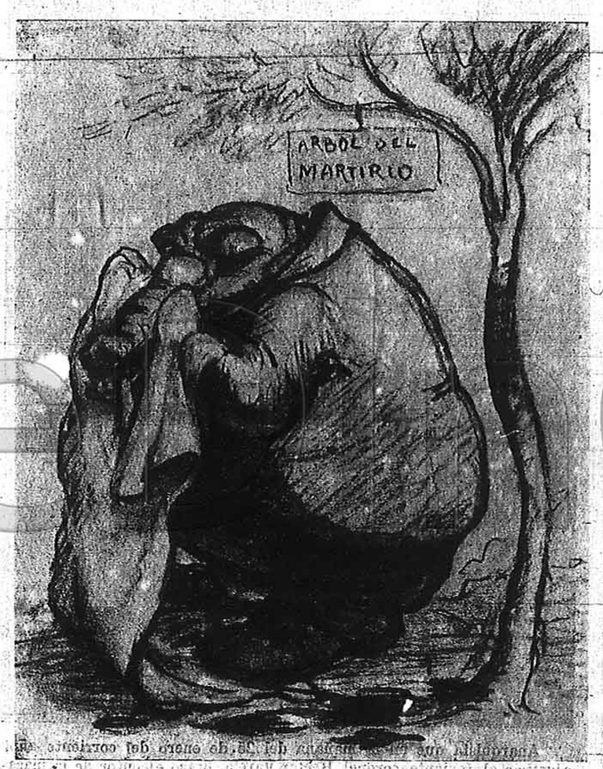
La prensa burguesa de estos países habla con mucho encono y misterio de la "terrible" Tcheka. En la actualidad, esa eficacísima institución existe, pero sólo como una fuerza temible que vigila los acontecimientos con ojo avizor y constituye la pesadilla de los traidores al servicio de la contrarrevolución. El reciente descubrimiento de un complot contrarrevolucionario en Crimea, complot desbaratado admirablemente por la Tcheka, es un ejemplo vivo de los servicios que presta ese organismo a la causa de los desheredados. En cuanto a la novela de las penas de muerte aplicadas en Rusia, debo declarar que en todo el tiempo que estuve allí no se ajustició a nadie, a pesar de que hubo sobrados motivos para suprimir a unos cuantos bandoleros enemigos de la revolución, criminales convictos y confesos merecedores de una condenación universal.

No busquéis, fuera de la libertad de comercio y de la repersión chequista, otras conquistas revolucionarias del bolcheviquismo. Y es claro que a medida que crecen las relaciones comerciales, se afianza la propiedad privada y levanta la cabeza la nueva y vieja burguesía rusa, sea más necesaria la existencia de la Tcheka. Desde que las bandas contrarrevolucionarias fueron desalojadas de Rusia y, mediante el esfuerzo de todos los revolucionarios, los "comunistas" afianzaron su Estado, sobre las espaldas de los trabajadores, esa institución policial, ese gabinete de espionaje, esa cueva de delatores al servicio de la comisariocracia, no cejó en su misión represiva y en sus brutales persecuciones a los anarquistas y socialistas de izquierda. Y el pretexto es siempre el mismo: la torpe acusación de banditismo, delito que involucra toda la propaganda y la acción que desarrollan las fracciones revolucionarias que se oponen a la despótica dictadura de ese grupo de audaces apoderados del gobierno mediante un golpe de Estado.

Las conquistas del bolcheviquismo están patentes. Pero de seguro que los trabajadores no domesticados por los pastores marxistas, amarillos o rojos, no envidiarán al proletariado ruso la suerte que le deparó su revolución extranguladora. Y únicamente los agentes viajeros y los representantes de las sucursales de Moscú, pueden hacer el elogio de la contrarrevolución bolcheviqui, cuya síntesis son esas "conquistas": libertad de comercio y represión "chequista".

***

EL MILAGRO



Y de pronto el corazón de piedra, sordo a los clamores de los proletarios robados, torturados y asesinados, se le trocó en manteca, y lloró.

Vladimiro Korolenko

Si algún escritor se ha hecho digno del comentario póstumo, si algún artista hay hoy en el mundo que merezca ser estudiado con fervoroso afán, es Korolenko. Su figura de hombre, de escritor y artista, no desmerece al lado de las figuras más gigantescas de la literatura universal. No se empequeñece, puesta al lado de un Tolstoy, de un Gorki, de un Tchecov o de un Kierkeegard. Por cierto era uno de los valores más puros de la hora presente. Gorki en sus apuntes sobre Tolstoy, recuerda, en una conversación, a Korolenko, y para significar la extraordinaria pureza de la vida de este hombre que amó a los demás hombres como a sí mismo, le compara a la zarza ardiente de que hablan los Evangelios; una vida que se devoró a sí misma, como la peña de cuyas entrañas brota la linfa que la va corroyendo y ha de ser refrigerio de los sedientos.

Musicógrafo y novelista, su pasión dominante, sin embargo, fué la cuestión social. Sus libros sobre el terror en la Rusia de los zares, alcanzan lo trágico y lo patético de las tragedias esquilianas. Si leyendo a Dostoyewski se presiente el advenimiento de la revolución rusa, leyendo a Korolenko se adivina el aplastante desenlace de esta revolución. Demasiado grande era el mal soportado por el pueblo ruso para que este pudiera sobreponerse a la tentación de devolverlo y prodigarlo a su vez. Y este es el motivo dominante de toda su obra literaria. Nadie quizás estudió con tanta sutileza, y una videncia mayor el problema social en su patria.

"El músico ciego" es uno de sus libros más bellos y más saturados de poesía, es el evangelio que todo artista debería leer antes de entregarse a la dulce y tiránica pasión del arte. Los acontecimientos que se desarrollan en ese libro adquieren por momentos contornos de símbolos, cuyos postulados, exentos de complicaciones, solo proclaman esta verdad sencilla y eterna: "fuera del amor no hay salvación". Un hombre poseído por el amor es un artista, aunque sea un analfabeto".

Y en Korolenko los valores que cuentan no son los valores literarios, sino los valores espirituales que hacen de su obra una eterna fuente de puras emociones.

Aún en su lecho de muerte, cuando el gobierno bolcheviqui, al tener conocimiento de su enfermedad, le ofreció una ración extraordinaria, Korolenko se negó a aceptarla, manifestando que no podía admitir tal privilegio mientras murieran de hambre en el Volga millones de hombres — At.

DESPUES DEL ATENTADO

El gesto de Kurt Wilckens

Es quizás esta la primera vez que trasciende al público las verdaderas causas de un atentado anarquista. La prensa burguesa de la Argentina, aún aquella que se distingue por su reaccionarismo y por su ceguedad para apreciar los factores económicos y morales que determinan los gestos de rebeldía de los desheredados, no pudo ocultar los móviles sociales que armaron el brazo vengador de Kurt Wilckens. El teniente coronel Varela cayó bajo el peso de una inapelable sentencia, purgando con su muerte el horrible crímen perpetrado en la Patagogonia, del que sino el responsable directo fué el verdugo que lo ejecutó y el ciego instrumento que esgrimieron los bandoleros que merodean en las lejanas regiones del sur.

La tragedia patagónica dejó sus huellas sangrantes en el corazón del proletariado. Se recuerdan con horror aquellos episodios de la represión gubernamental, los actos de barbarie cometidos por las tropas "pacificadoras", el bárbaro holocausto de trabajadores sacrificados para satisfacer la avaricia de los hacendados y aventureros que tomaron posesión del territorio de Santa Cruz. Los mil quinientos obreros asesinados alevosamente por las tropas nacionales, no pueden ser olvidados tan facilmente. ¡Ah, ni la nieve, con su blanco sudario, podrá borra las huellas que dejaron los vándalos que "pacificaron" la Patagonia a sangre y fuego!

Toda la prensa burguesa, sin distinción del color político que exhibe o las tragaderas que se gasta cada diario cochino, estuvo conteste en que el acto de Kurt Wilckens interpretaba un estado de ánimo y respondía a una aspiración profundamente arraigada en la concienciа del proletariado. Y bien se puede afirmar que la muerte del teniente coronel Varela fué uno de los actos que más aprobación general merecieron y hasta se consideró como un mal necesario...

Si al principio, en el desborde insano de los odios y en la exhibición repugnante de las lacras que minan a la gran prensa y alimentan el raquitismo de los purulentos quistes del periodismo de baja estofa, se ensayó un ataque general contra los anarquistas — acusados, como siempre, de ser colectivamente responsables de la muerte del masacrador Varela —, muy pronto cambió el tono de los diarios, que veían dificil defender la masacre de Santa Cruz en la persona del verdugo ajusticiado. Y hemos visto, tanto a los órganos oficiales como a los de la oposición, recordar pasados acontecimientos y ligar la muerte del teniente coronel Varela a la sangrienta represión ejecutada por este en la Patagonia.

Las causas sociales de ese atentado anarquista fueron reconocidas y aceptadas por la prensa burguesa. Pero todo quedará reducido a esa obligada constatación de hechos que sería imposible tergiversar o destruir. Wilckens fué el brazo ejecutor de una sentencia popular. Varela el verdugo al servicio del capitalismo. El primero eliminó al masacrador de centenares de trabajadores, reparando una injusticia que no podían ni querían reparar los tribunales burgueses. El segundo "cumplió con su deber" asesinando obreros, porque así lo exigían los amos de la Patagonia. ¿Qué le espera al vengador de aquellas mil quinientas víctimas inmoladas en Santa Cruz para satisfacer la avaricia de unos cuantos rapaces que sentaron sus reales en aquel territorio? El presidio, la reclusión para toda la vida en la Siberia argentina.

No podemos olvidarnos del alto deber que nos toca cumplir en esta emergencia. El gesto de Kurt Wilckens es noble y justo: es la reparación de una enorme injusticia que dejó impune la justica burguesa. La prensa capitalista reconoció que la muerte del teniente coronel Varela fué la consecuencia fatal de los crímenes por él cometidos u ordenados en la Patagonia. Pero lo que no sostendrán jamás esos diarios obligados a confesar que se trataba de un justificado acto de venganza — y también de reparación social — es que Kurt Wilckens sea puesto en libertad.

A los anarquistas y a todos los obreros conscientes, a todos los hombres dignos que saben apreciar el heroismo del que jugó su libertad y su vida para vengar a todo el proletariado ultrajado y escarnecido, les corresponde la magna obra de libertar de las garras de la justicia histórica al valiente compañero Kurt Wilckens. Desde ya, pues, pongamos manos a la obra.

KURT WILCKENS

Anarquista que en la mañana del 25 de enero del corriente año, ajustició al teniente coronel Hector Varela, brazo ejecutor de la masacre obrera llevada a cabo por orden del gobierno radical en el territorio de Santa Cruz. — En este grabado aparece el compañero Wilckens en una cama del hospital de la Penitenciaria Nacional, donde se asiste de las heridas que recibió en una pierna al hacer explosión la bomba que arrojó contra el verdugo de la Patagonia.

DOS VICTIMAS

El teniente coronel Varela y el anarquista Kurt Wilckens

Una vez más el aletazo de la tragedia sorprende en la ciudad de Buenos Aires al pueblo. Corresponderícias, teléfonos y todos los distintos medios de comunicación pónense en actividad, haciendo conocer el sangriento suceso en toda la región y a través de las fronteras.

Sobre el escenario de la vida aparecen dos víctimas. Dos víctimas de la sociedad contemporánea, única responsable de esos actos vindicativos.

La sociedad contemporánea, basada en un falso concepto del bien y del del mal, de "lo tuyo" y de "lo mío", en una moral qué está en contradicción con la naturaleza humana, con nuestros instintos y sentimientos, forzoso es que al pretender regir los destinos del hombre, produzca el choque, el corto circuito entre las dos corrientes contrarias y que provoque la explosión.

La sociedad es la única responsable de que el teniente coronel Varela, en Santa Cruz, cometiera los crímenes horrorosos, sacrificando a centenares de obreros en las regiones del sud.

El teniente coronel Varela había sido contratado por los administradores de la cosa pública, para desempeñar el papel de verdugo contra todos los desheredados, en beneficio de los potentados. El educado en la escuela del crímen, en los cuarteles, que no había tenido más educación que la del crímen colectivo, — maestro entre los suyos, — sólo aprendió que para ganarse el pan de cada día debía exterminar, someter, tiranizar en beneficio de la clase que lo elevó a la condición de verdugo.

En el ambiente que le ofreció la sociedad no pudo concebir una moral más humana y creyó que cumplía una alta misión patriótica sacrificando a sus semejantes en holocausto de los que por un mendrugo lo galonearon para desempeñar tan baja misión.

Fué un equivocado y un victimario: el brazo armado y cobarde que cumplió el crímen que prepararon los verdaderos bandoleros de la Patagonia. Fué el hombre transformado en fiera, la bestia inconsciente y peligrosa. La prensa de los adinerados vierte lágrimas de cocodrilo sobre los despojos del terrible Varela. Vomita improperios contra Wilckens.

* * *

Pero aquilatemos los méritos del que yace en la tumba y del que harán morir lentamente en un presidio.

El primero es la figura siniestra que deja en pos de sí toda una historia de dolor y sacrificio, para triste recuerdo de las madres, hermanos e hijos de los "anónimos" seres sacrificados en la región patagónica.

El segundo es el hombre que, en holocausto del bien común, llega a la violencia, sacrificando su libertad y su vida.

El primero cometió toda clase de violencias en beneficio de una clase privilegiada.

El segundo hizo uso de la fuerza para destruir la fuerza que destruía el bienestar y la tranquilidad de millares de hogares proletarios.

El primero obra, para enriquecerse, contra todos sus semejantes.

El segundo obra por un sentimiento altruista, contra uno, sacrificándolo todo en bien de todos los desheredados.

Varela es elogiado por la prensa burguesa. Wilckens es maltratado por todos los mercaderes de la pluma. Pero por encima del fallo de los periodistas pagados, habla elocuentemente el corazón de una madre.

Al cometer Wilckens su atentado, cruzaba una niña la calle y él, por no herir con el explosivo a la pequeña inocente, se acerca más a su víctima, prefiriendo su propio sacrificio al de aquella criatura.

Periodistas vendidos, sabedlo bien: aquella madre llora al leer vuestras crónicas y llora tambien al no poder refrescar las heridas del que vosotros llamáis asesino...

Kurt Wilckens hablando con su abogado, Dr. Prieto

No nos extraña vuestra modalidad; sois los que elogiáis a los trágicos aventureros de Carlés. Los que habéis cantado a la indiada estudiantil en las horas obscuras y trágicas de vuestro centenario patrio....

Sois los de siempre. Los que en la Universidad habéis aprendido a escribir con sangre contra todos los desheredados.

* * *

Señores moralista: los protagonistas de la tragidia que tanto os conmueve, son dos víctimas del régimen nefasto que vosotros tanto prestigiais desde los grandes rotativos.

Son la resultante de una sociedad que no contempla los deseos humanos. Son la consecuencia de un mundo en que hay ricos y pobres.

Y hasta tanto el actual régimen social no sea transformado en otro más de acuerdo con la naturaleza humana, habrá muchos Varelas y más Wilckens cada día, compareciendo ante el tribunain del porvenir como único responsable de toda la injustica que nos rodea, vuestra organización social, egoista y parasitaria.

Francisco del SANTO

Montevideo.

ACOTACIONES

La tragedia

Cayó a impulso de un temperamento, ¿de una idea fija? del dolor acumulado que estalló en fragmentos de venganza... Caín contra Abel...

La causa de esa muerte debe buscarse en la misma, en la misma *vida*.

Hay la muerte calculada, sancionada por orden del Estado, por la existencia del privilegio, por el dominio de los unos sobre los otros.

Una guerra es la sanción de una minoría que elimina antes que la eliminen, que *mata* friamentae, cientificamente para prolongar su vida.

Los alarmistas deben enmudecer en el acto frente al hecho de Wilckens.

Cuando el dolor explota, ¿el hombre es dueño de sí mismo?

Esta pregunta va dirigida a los dómines rastrojadores de esa farandulera e insubstancial teoría lombrosiana. Y va otra.

¿Dónde puede llevarnos la idea del crímen una vez concebida y rumiada en la cámara mental?

Lo que hay en todo esto es impresionismo, impresionismo. Despojemos el uniformal militar y veremos a que queda reducido el hecho: a nada para esa sociedad "herida en sus sentimientos más puros". Además, esa sociedad ¿qué dice, qué dijo de la matanza, de la *carnicería* patagónica, de aquel crímen bárbaro ordenado en nombre del gobierno, de la explotación, de la tiranía detestable? Nada.

Y se explica: aquellos no ostentaban charreteras ni vestían uniforme; eran hijos del trabajo rudo y brutal y la unica condecoración que llevaban eran sus manos callosas, el estigma de la esclavitud en su frente y el hambre al hombro como un símbolo de *pauperismo legislado*. "Ama a tu prógimo..."

Luego, si aquellos eran tan *hombres* como Varela, con tanto derecho a la existencia, ¿por qué fueron muertos tan alevosamente por los otros? ¿Por qué?

Si el crímen es repudiable en el fondo ¿por qué alarmarse por el de Varela y hacer *mutis*, mostrarse insensible, *aprobar* tácitamente el de la Ptagonia?

Pero, ¿hay alguna diferencia de crímen a crímen? Estamos por la negativa. Lo que en realidad pasa en esta sociedad es que la vida de los hombres se aprecia por la situación que ocupan, por los intereses que poseen, por la función que desempeñan.

Claro está que entre la muerte de un obrero y la de un señor feudal, el *ritualismo varía*, pero el hecho en sí es el mismo aunque se enfaden los *dómines* lombrosianos.

Más hay quien sostiene que el crímen colectivo (estos dan la razón al militarismo y a la existencia del Estado), se *puede* justificar (¿por aquello de que todo el mundo se *lava* las manos y huyen de toda responsabilidad individual?), pero el individual *no*, porque es *esporádico* y no cambia en nada la faz social ni quebranta el régimen establecido.

¿El secreto del crímen radica en el fondo humano? ¿Sí? ¿No?

¿Qué es un militar profesional?

Un criminal (en acecho de la víctima) a las órdenes de los tiranos, de los explotadores que viven del producto de los demás.

Y que nos desmientan esto.

SELAH

DE PIERRE RAMUS

Libertad e igualdad

A las más felices inherencias de la vida pertenece la libertad. Todos lo sienten, todos lo saben, pero desgraciadamente los hombres hasta hoy no han llegado a armonizar sobre el concepto esencial de lo que es la libertad.

De ahí que, con excepción de la palabra *dios*, ninguna otra palabra ha sido más excesiva ni más infamemente abusada que la palabra libertad por aquellos que la deshonran y cuya existencia entera significa un permanente despojo de la libertad de sus semejantes. ¿Qué opresor de hombres se asustaría de llevar en sus labios la palabra libertad? Todo estatista se vanagloria de representar, de simbolizar esta concepción. Todos los partidos, los más reaccionarios y los más demagógicos, con inclusión de los socialistas estatistas, sostienen que anhelan instaurar la libertad después de haber obtenido el poder. En los más nuevos tiempos hasta los propulsores de la guerra han llevado la palabra libertad en la boca, tanto los de la Entente como los de los imperios centrales, y finalmente proclamaron los Estados social-democráticos y los llamados sovietistas que luchaban para la libertad. Y no son los últimos los capitalista industriales y los terratenientes en el ufanarse por la libertad de sus cajas de caudales y del monopolista robo de la tierra, ejecutado por sus clases contra el pueblo, y en delirar por la libertad. Tambien oímos charlar a los políticos que la libertad es permitir al pueblo llenar con el nombre de un candidato un pedazo de papel para elegir un intermediario que pueda entrar a sueldo del Estado y hacer creer que representa los intereses del pueblo y que defiende su libertad.

En verdad, son todas estas y otras interpretaciones de la libertad, sólo desconocimientos del principio de la libertad. Por viciada, desfigurada y mal interpretada que llegue a ser la libertad, sigue sin embargo, siendo el principio más elevado de la vida, el derecho más ideal y más puro del hombre, que le es dado por la naturaleza inagenable como su dignidad humana. Donde le fué arrancado este derecho — y tal es hoy el caso general — se hizo a costa de la dignidad del hombre, hasta del objetivo de su vida misma; Por eso, todo fin real de la vida está perdido. La libertad es el más alto y el más universal bien humano; contiene todo el valor y la dicha de la vida, — suponiendo que el contenido de la libertad sea realmente garantizado al hombre.

* *

Con esto volvemos al problema de la libertad y a la pregunta ¿qué es *libertad*, realmente? Lo que no es lo sabemos después de las pocas indicaciones dadas arriba. Ahora se trata para nosotros de fijar lo que en efecto significa, qué precioso tesoro crea en su verdadero sentido para la humanidad entera.

Libertad llamamos a un estado social en el que toda peculiaridad y particularidad individuales poseen la completa posibilidad de desarrollo, libres de toda violencia, de todo obstáculo, es decir, libre de todo dominio, pues este último significa el polo opuesto de la libertad.

En esta determinación del concepto, no sólo se entraña concisamente el contenido esencial de la libertad, sino que se rechazan todas aquellas limitadoras perifrasis, propias de las exposiciones de la libertad aparente. Y confiamos tanto en la positiva exactitud de nuestra definición, que nos comprometemos a llevar la prueba de que toda otra descripción del concepto no agota tan completamente el sentido de la libertad, o lo que es más importante, no lo colma, como la nuestra.

* * *

Sabemos qué objeciones se levantaran contra nuestra exposición de la libertad. Las conocemos y las hemos desde hace mucho tiempo refutado en nuestra vida ideológica; tampoco es este el lugar, dado el contenido especialmente económico de esta obra, para entrar en ellas detalladamente.

Juzgamos que el individuo ha nacido para la libertad, y en consecuencia de ello en nuestra opinión el hombre está *en todo tiempo* maduro y dispuesto para vivirla. Sólo para la esclavitud y para el dominio consideramos al hombre como impropio y en ambas formas y situaciones de vida, peligroso para sus semejantes. No es el hombre libre el peligroso, sino el esclavo y el dominador. Cuando ellos no existan, llegará el hombre a ser, en la libertad, por primera vez, hombre verdadero.

Por consiguiente, también es la limitación del derecho de libertad, como se hace actualmente, es decir, en salvaguardia de la libertad de los otros hombres, una tautologia y en general un galimatias. El hombre libre respeta mejor la libertad de sus semejantes, mientras y en tanto que guarda la propia; que ésta no le lleva a la usurpación del derecho de los demás, lo garantiza la dominación propia de su vida racional y especialmente el amor a su propia libertad, la cual podría peligrar del mismo modo que su desconsideración hace peligrar la de los otros.

No significa la libertad, pues, en sentido social más que un acuerdo recíproco entre los hombres, que no llegará a ser turbado y obstaculizado por nada en su poder de asegurar el desarrollo individual. Pero esta estipulación social contiene ya el respeto *a toda personalidad*, es decir, no puede implicar el menosprecio de los semejantes y al mismo tiempo permanecer como libertad.

(*Continuará*).

(o)

LA PLUMA

¡La pluma es todo! Rayo que vibra, fuerza demoledora, puñal que hiere o látigo que fustiga.

Es orgullo de nido y cántico de paloma, es queja de angustia o grito de rebelión. Lo expresa y canta todo y no hay para ella armonía secreta, verdad oculta o misterios indescifrables.

Es pedestal que eleva o abismo que hunde. Llama que alumbra o sombra que entenebrece. En los buenos es agua lustral que limpia y en los malos simboliza todo lo que mancha.

¡La pluma es todo! Es águila, es reptil, es arrebol y es niebla.

Puede ser precipicio o servir de cumbre.

Manejada por el servil que medra, es adulación rastrera que brota para ensalzar al prócer y súplica degradante que pide pan.

Dirigida por almas fuertes, por almas nobles, la pluma es himno de grandeza y toque solemne que vive.

Es himno de incienso que sube al cielo; plegaria angusta que pide por las miserias; voz que electriza al pueblo y tormenta allá en la inmensidad.

Victor HUGO.

PAGINA DE ARTE

EL ARTE

CONVERSACIONES DE RODIN

IX

Recuerdos sobre algunos contemporáneos

Fué mi amigo Bazire el que me presentó a Victor Hugo. Bazire adoraba a Victor Hugo. El fué el que lanzó la idea de celebrar públicamente los ochenta años del gran hombre. La fiesta, como es sabido, fué emocionante y solemne. El poeta, desde su balcón, saludó a una inmensa muchedumbre que lo aclamaba; se hubiese dicho un patriarca bendiciendo a su familia.

De esa jornada conservó un tierno reconocimiento al que la había organizado. He aquí por qué Bazine me introdujo sin esfuerzo hasta él.

Rodin — *VICTOR HUGO (punta seca)*

Por desgracia, Victor Hugo terminaba precisamente, de ser martirizado por un escultor mediocre llamado Villain. Este, para hacerle un mal busto, le había infligido treinta y ocho secciones de pose. De modo que cuando yo expresé tímidamente mi deseo de reproducir a mi vez, sus rasgos, él frunció terriblemente las cejas.

—No puedo impedirle que trabaje — me dijo; pero le advierto que yo no posaré. No cambiaré por Vd. ninguno de mis hábitos: arréglese como le plazca.

Entonces fuí y empece por dibujar al vuelo un gran número de croquis, con el fin de facilitar mi trabajo de modelado. Después llevé mi caballete y tierra. Pero, naturalmente, no pude instalar estos útiles, que ensucian, sino en una galería, y como Victor Hugo permanecía generalmente en la sala con sus amigos, es de imaginar las dificultades que tuve que vencer. Miraba atentamente al gran poeta, ensayando de grabar su imagen en mi memoria, después, rápidamente, corriendo, me iba a la galería para fijar en la arcilla el recuerdo de lo que acababa de ver. Pero a menudo, durante el trayecto, mi impresión se debilitaba, de manera que, una vez llegado ante mi caballete, no osaba dar un solo golpe de esteca y tenía que resolverme a volver al lado de mi modelo.

Cuando estaba por terminar mi trabajo, Dalou me pidió que lo presentara, a mi vez, a Victor Hugo, servicio que le presté con gusto.

Pero habiendo muerto de allí a poco el glorioso anciano, Dalou tuvo que hacer su busto con la mascarilla.

Fué también por intermedio de Bazire que entré en relaciones con Rochefort. El célebre polemista consintió en posarme: era un encanto oirlo, tan alegre y vivaz era su conversación; pero no podía permanecer inmóvil un sólo instante. Me reprochaba bromeando mi conciencia profesional. Decía, riendo, que yo me pasaba una sección para agregar una pelotita de arcilla y que en otra la quitaba.

Cuando, algún tiempo después, su busto recogía el sufragio de los entendidos, él se asoció sin reserva a los elogios, pero no quiso creer nunca, que mi obra hubiese quedado exactamente como la había sacado de su casa: *Vd. la ha retocado mucho, ¿no es cierto?* me repetía a menudo. En realidad no le había agregado ni un golpe de uña.

Jamás encontré el tipo latino clásico, tan puro como en Rochefort.

El busto de Dalou lo modelé a su vuelta de Inglaterra. Dalou era un gran artista, y muchas de sus esculturas son de un soberbio aspecto decorativo, que las asemejan a los más bellos grupos de nuestro siglo diez y siete.

Dalou no hubiese producido sino obras maestras a no haber tenido la debilidad de ambicionar una situación oficial. Aspiraba a llegar a ser el Le Brun de nuestra República, y como él jefe de orquesta de todos los artistas contemporáneos. Ha muerto antes de alcanzarlo.

No se pueden ejercer dos oficios a la vez. Toda la actividad que se gasta en adquirir relaciones útiles y en el desempeño de un rol, se pierde para el Arte. Los intrigantes no son estúpidos: cuando un artista quiere hacerles la competencia, debe emplear tantos esfuerzos como ellos mismos, y entonces no le queda tiempo para trabajar.

Por otra parte ¿quién sabe? Si Dalou hubiese permanecido siempre en su taller, continuando apacíblemente su labor, habría sin duda realizado tales maravillas que su belleza hubiese brillado en todos los ojos, y el juicio universal le habría, posiblemente, conferido esa realeza artística en cuya conquista malgastó toda su hábilidad.

Su ambición no fué, sin embargo, completamente vana, pués su influencia en el Hotel de Ville, nos ha valido una de las más augustas obras maestras de nuestro tiempo. Fué él, a pesar de la hostilidad, no disimulada, de las comisiones administrativas, quien hizo encargar a Puvis de Chabannes la decoración de la escalera del Prefecto. Y se sabe con que celeste poesía, ese gran pintor iluminó los muros del edificio municipal.

¡Y pensar que Puvis de Chabannes ha vivido entre nosotros! Decir que este genio, digno de las más brillantes épocas del arte, nos ha hablado, que yo le he visto, que yo le he estrechado la mano...

Me parece algo así como si hubiese estrechado la mano de Nicolás Poussin.

Puvis de Chabannes llevaba la frente alta. Su cráneo, sólido y redondo, parecía hecho para llevar un casco. Su tórax bombeado parecía acostumbrado a llevar la coraza. Uno se lo imaginaba con gusto en Pavia, cerca de Francisco I, batiéndose por el honor.

A él no le gustó el busto que le hice y esa fué una de las amarguras de mi carrera. Juzgaba que yo lo había caricaturizado. Y sin embargo estoy seguro de haber expresado en mi escultura todo el entusiasmo y veneración que sentía por él.

Tuve un gran placer tambien en hacer el busto de Jean Paul Laurens. Laurens es uno de mis viejos amigos. Le posé para uno de los guerreros merovingios que, en la decoración del Panteón, asisten a la muerte de Santa Genoveva.

Su afecto me fué siempre fiel. Fué él quien me hizo obtener el encargue de los *Burgueses de Calais*. Sin duda no me han reportado mucha ganancia, pués hice seis personajes de bronce por el precio que se me había propuesto para uno sólo;

Rodin — *JEAN PAUL LAURENS*

pero le estoy reconocido profundamente por haberme presentado la ocasión de crear una de mis mejores obras.

Me reprochó amigablemente el haberlo representado con la boca abierta. Le contesté que, según el dibujo de su cráneo, el descendía probablemente de los antiguos Visigodos de España, y que ese tipo se caracterizaba por la saliente de la mandíbula inferior. Pero no sé si él se dió cuenta de la justeza de esta observación etnográfica.

Falguiere era un pequeño toro.

Cuando la Societé des Gens de Lettres me rechazó el Balzac, Falguiere, a quien se le hizo entonces el encargo, quiso probarme con su amistad, que él no aprobaba absolutamente a mis detractores. Por reciprocidad de simpatía, le propuse hacerle el busto. Lo encontró, por otra parte, muy bien una vez terminado; sé que hasta lo ha defendido, contra los que lo han criticado en su presencia; él a su vez, ejecutó el mío, que es muy bueno.

En todos mis bustos he tratado de hacer lo mejor posible. No he mentido jamás. No adulé nunca a mis contemporáneos. Mis bustos, a menudo, no han gustado porqué fueron siempre muy sinceros.

Tienen todos ciertamente un mérito: la veracidad. ¡Que ella les sirva de belleza!

Los bustos de Rodin

Si Houdou ha escrito las memorias del siglo XVIII, Rodin ha hecho las de fin del siglo diez y nueve.

Su estilo es más áspero, más violento que el de sus antecesores; las expresiones no son tan elegantes, pero son más naturales y más dramáticas, si así puede decirse.

El escepticismo, que en el siglo XVIII era distingido y descontento, se ha vuelto en Rodin, rudo y angustioso. Los personajes de Houdon eran más sociables, los suyos son más concentrados. Los de Houdon critican los abusos de un régimen, los de Rodin parecen dudar del valor de la vida misma y sentir la angustia de irrealizables deseos.

Así es el de Berthelot, el gran químico. Al final de su vida, recogido en un profundo sentimiento de la obra cumplida. Medita. Solo, frente a sí mismo, frente al derrumbe de las antiguas creencias, frente a la Naturaleza, algunos de cuyos secretos ha penetrado, pero que permanece tan inmensamente misteriosa; solo, al borde infinito de los cielos; y su frente atormentada, sus ojos bajos, son dolorosamente melancólicos. Esa bella cabeza es como el emblema de la inteligencia moderna, que harta de saber, cansada de pensamiento, concluye por preguntarse: *¿Para qué?*

Es Victor Hugo concentrado en la meditación, la frente extrañamente surcada de arrugas y como volcánica, los cabellos revueltos, como una llamarada que brotara del cráneo. Es la personificación misma del lirismo romántico, profundo y tumultuoso.

Es Rochefort, con su cabeza de rebelde, con su frente abovedada como la de un niño batallador, su jopo incendiario que parece agitarse como señal de revuelta, su boca torcida por la ironía, su perilla rabiosa: inquietud contínua, inconstancia, espíritu de crítica y de combatividad. Máscara admirable en la cual se refleja una parte de la mentalidad contemporánea.

Es Dalou, el artista revolucionario y proscripto. Su cabeza fiera y provocadora, su cabello delgado y tendinoso de niño de los arrabales, su barba descuidada de artesano, su frente crispada, sus cejas feroces de viejo comunista, le dan un aire febril y arrogante de demócrata irreductible. Por otra parte, sus grandes y nobles ojos y el dibujo de las sienes,

Rodin — *DALOU*

de curvas delicadas, revelan al amante apasionado de la Belleza.

En el de Puvis de Chabannes se siente el gran decorador y en el Jean Paul Laurens, de rostro móvil y exaltado, con algo de arcáico y de rudo en la expresión, de ojos como encantados por lejanas visiones: es el pintor de épocas semisalvajes cuyos hombres eran robustos e impetuosos.

Falguiere, Balzac y tantos otros desfilan ante mi espíritu y se me aparecen como el más rico y extraordinario tesoro de admirables documentos de nuestra época.

GSELL.

***

Arte y filosofía

La mayoría de la humanidad no se interesa por los aspectos generales de la vida humana, debido a que los que explican esa ciencia, se expresan con una terminología esotérica. Emplean frases manidas, huérfanas de sentido, frases imprecisas que jamás tuvieron significación definida y práctica. La cuestión plantease del siguiente modo: ¿por qué aquellos cuyo oficio es el de esclarecer esos tópicos usan con obstinación increible frases vagas, nebulosas? La explicación se encuentra en esa minoría de personas, que sabiendo lo que quieren y pretenden decir, se limitan a disertar sobre los hechos más evidentes y más concretos de sus experiencias. Son claros porque tienen algo que decir: En cambio, la inmensa mayoría no dice nada porque nada tiene que decir. De ahí que la charlatanería sea una necesidad: es un arma defensiva donde la frase hueca y sonora es cómplice. Los artistas se expresan también oscuramente, porque nada tienen que decir que les permita ser claros. Despojados de sus poses, de sus excentricidades, de sus superioridades de segunda mano, de los clichés protectores de sus camarillas, bien poco les queda, aparte de lo que poseen en común con la vulgaridad de las gentes.

Es por esto que si en lugar de ser excrecencias, el arte y la filosofía, han de imprimir una forma a la vida y una manera de ser a los hombres; si ellas han de ser reconocidas como fuerzas que modelaran, troquelando el conjunto de intereses humanos, es necesario, ante todo, un movimiento depurador en los mismos rangos de los filósofos y de los artistas. Es menester un criterio que separe lo íntimo de la apariencia, lo transitorio de lo permanente. Según nosotros, este acento revelador en cualquier creación, es lo expresivo, la más augusta claridad en toda invención espiritual. El genio es simplemente una fuerza vital, llevada a un grado tan grande que hace más intensas todas las formas de sensación. Cosas evidentes bajo su influjo poderoso, lo son más; las relaciones sutiles que las unen entre ellas se vuelven más expresivas; las impresiones que parecen débiles se hacen fuertes y las sugestiones pasajeras se tornan definitivas. Todo gira así alrededor de una cuestión de fuerzas: la fuerza de las impresiones entraña lo decisivo de la forma; ésta, a su vez, entraña lo decidido de la expresión, al mismo tiempo que la firmeza de la expresión es el estilo. Por el carácter que le es propio, el genio se hace igualmente dueño del fondo, de la claridad y del estilo. Ejemplo: Dante. Un hombre poseyendo esas cualidades puede siempre, estamos seguros de ello, ver su ejemplo seguido, su influencia acatada, desde el momento que es escuchado. Dicho en otras palabras: cuando el genio condesciende a explicar puede siempre imponer su autoridad. Claro está que la moda, hasta ahora, fué la de no explicar. Explicaciones eran debilidades, era revelar el misterio que hace fuertes a los sicofantes. Pero resulta más exacto decir que esa fuerza era entonces la medida de nuestra poquedad intelectual. El genio es comunicativo, se entrega constantemente. En efecto, es su manera de crear. Nada tiene que ver con la prestidigitación y los misterios, si no es explicarlos y hacerlos desaparecer explicándolos.

De donde se deduce que para colocar la curiosidad intelectual en el puesto de honor que le corresponde entre los intereses de los hombres, sería menester, por lo pronto, desembarazarse de los pseudo intelectuales, de los dulcamaras y farsantes. Parecería posible llegar a semejante resultado, — hermoso y utópico por cierto, — exigiendo a los artistas que se pongan en condiciones de dar una explicación coherente de sus obras y de las innovaciones que sostienen: pedirles que se expresen sobre el sentido y orientación de sus obras en un lenguaje corriente y no en jerga de taller. Así los artistas se transformarían en sus propios críticos, y lo que expusieran a la crítica, sería el racimo de ideas auténticas, desprendiéndose naturalmente de la obra, — arquitectura de sensaciones, — como se desprenden del árbol los frutos jugosos y refrigerantes, llegados a la completa sazón.

En estas circunstancias, la única crítica que tendría verdadero valor, sería la que procede del hombre de *metier* y ejerciendo ese *metier*. Con el antedicho procedimiento los artistas se verían obligados a tornarse filósofos, o, dicho de otro modo, —idea absolutamente revolucionaria, — la inteligencia se haría imprescindible a todo artista. Los "críticos pasivos", que no ejerciesen, desaparecerían, a su vez, absorbidos por la masa aglutinante del gran público que lenta y progresivamente se interesaría cada vez con más inteligencia, por un arte hecho, al fin, inteligible. Las charlatanerías pseudo artísticas cesarían forzosamente, puesto que no podrían contar más sobre la fatuidad del artista ni la completa indiferencia del público. He ahí esbozado un programa de acción de arte.

D. M.

(o)

SI! ES HORA

"Es ya tiempo de batirse por la dignidad y el orgullo del arte. ¡Viva la violencia contra todo lo que afea la vida! Artistas plásticos, seamos incansables combatientes para que la belleza reine soberana en el mundo. Esculpamos con nuestras rudas manos de obreros la abrupta realidad que, hoy, entristece y aplasta a los hombres.

"Si un parpadeo de belleza existe en nosotros, debe transfundirse y transfigurar la vida. Acciones de arte, acciones de belleza, acciones de bondad y de heroismo, es de lo que está sediento el mundo. Encendamos el universo con nuestras desacotadas ansias de infinito y amor, si queremos ser artistas, verdaderos creadores".

Rosa MADER.

Un apóstol del ideal comunista libertario

Sebastián Faure

I

Su vida. — Su obra. — Su apostolado

Vivimos en una época de depresión física, intelectual y moral, tal como no se ha registrado otra desde que por medio de la escritura se fijan los hechos de los pueblos y de las naciones.

Sé que escribiendo lo que antecede digo una banalidad, emito una perogrullada y que me sirvo de un cliché terriblemente cansado, pero que no es ni una banalidad ni una perogrullada ni un cliché; es el constatar que han pasado más de tres años después que la voz de *lo brutal* se ha callado y de que la regresión, consecuencia fatal de la carnicería mundial, se acusa, en este abril de 1922, mucho más profunda y más lamentable de lo que hubiese creido, y como no la anunciaron ni los más pesimistas durante el curso de la guerra y al día siguiente del día en que fué firmado el armisticio.

De la reacción vital y saludable que algunos anunciaban próxima y decisiva, no aparece el menor síntoma, y no vemos, al contrario, sino signos cada vez más graves que ensombrecen, día a día, el pronóstico.

El mal ha herido tanto al cuerpo como al espíritu; la inteligencia está amenazada no menos que la conciencia y la razón. La derrota moral la arrastra más allá de la catástrofe material de donde ha nacido. Además de las irreparables hecatombes, legiones de sifilíticos, de tuberculosos y de tarados incurables, agregándose a las legiones antiguas, envenenan y envenenarán por mucho tiempo todavía, la sangre de generaciones a las cuales incumbirá, sin embargo, la obra colosal de la reparación.

Con los ojos llenos todavía de los horrores de la masacre, la carne todavía sangrando, con el alma todavía afligida por inconsolables duelos, muchas mujeres seguirán negándose a la maternidad dolorosa, y esto hasta tanto no tengan la certeza de que el fruto de sus entrañas no será consagrado a los trabajos forzados o al cañón.

Mens sana in corpore sano. El vigor del espíritu, la fuerza de la inteligencia, dependen casi enteramente de la salud del cuerpo; el antiguo adagio, no se comprueba con la indigencia de nuestra producción literaria y artística, con la pobreza, no menos grande, de nuestra vida científica?

En el teatro, en la novela, en la poesía como en las artes plásticas, la noche continúa tan sombría y estéril como durante la guerra; apenas si nuestros sabios despiertan a la claridad einsteniana que penetra en sus laboratorios, lamentablemente privados de todo.

Aún más profunda y temible se acusa la crisis de la conciencia y de la razón.

Herida de muerte por la catástrofe que ella desencadenara, la burguesía capitalista se agita en el delirio de la agonía, y los remedios extravagantes que sus médicos le recetan le agravan el mal.

No encuentra un poco de fuerza y de lógica sino para luchar contra el círculo de hierro revolucionario, en el cual se siente cada vez más encerrada.

Felizmente para ella, el proletariado sufre también y tanto como ella la triple depresión física, intelectual y moral engendrada por la formidable carnicería.

La debilidad y la incoherencia del esfuerzo tentado por él, lo prueban irrefutablemente: tentativas de huelgas generales, mal concebidas y abortadas, traiciones de los jefes, defecciones y errores de una pretendida *elite*, cuya mediocridad no tiene par sino en su estúpida vanidad; y como consecuencia: desparrame de fuerzas, división múltiple en clans y capillas, odios, desconfianzas, rivalidades. Todo esto explica suficientemente el por qué la agonía de este régimen aborrecido dura aún y puede durar mucho tiempo todavía.

De esta enfermedad grave, de esta depresión física, intelectual y moral que sufre, como el de otras partes, el proletariado francés, y que hiere particularmente a sus jefes, yo encuentro una manifestación profundamente entristecedora en lo que llamaré el *caso* de Sebastian Faure, el infatigable militante, el apóstol revolucionario cuya vejez merecía, ciertamente, otra cosa mejor.

En la hora en que la sociedad capitalista, habiendo jurado la pérdida de ese temible demoledor, le tendía por medio de sus esbirros y espías los más odiosos, abominables y maquiavélicos lazos, en la hora en que, con una preparación diabólica buscaba y quería algo peor que su muerte: su deshonor, se lo deja solo con la valiente pero pequeña vanguardia del *Libertario* y de los grupos anarquistas, debatirse entre las mallas de un execrable complot.

Y sin embargo, nadie ignoraba de que, para anular a semejante adversario, la burguesía capitalista no retrocedería ante nada.

Por esto, desde hace tiempo indignado por este abandono, de una gran parte de esa *soi-disant élite* proletaria, hoy siento una inmensa alegría en tomar su defensa contra todos; sí, me place trazar aquí la silueta de esta noble figura, de levantar, con la calma y la imparcialidad de un filósofo, el balance de su vida y su apostolado, con el fin de ponerlo bajo los ojos, no solamente de sus innumerables enemigos, sino también y sobre todo ante los ojos de aquellos falsos hermanos, tartufos, iscarlotes y renegados, que dejaron ejecutar contra él, la obra de baja venganza, sin levantar el menor grito de cólera y de protesta.

* * * *

Comenzaré por estudiar la vida de Sebastian Faure insistiendo un poco sobre las horas decisivas y las crisis morales que, del apostolado religioso, al cual parecía consagrado, lo llevaron al apostolado revolucionario, al que, desde hace treinta y cinco años, sin desmayos ni descanso, ha consagrado sus días; después haré un resumen de las fases diversas de ese apostolado del cual *La Colmena*, de enternecedora memoria, fué, al mismo tiempo que el punto culminante, la más bella y noble manifestación. Abordaré finalmente su obra hablada y su obra escrita, proponiéndome establecer el aporte del orador, del conferencista y del escritor al triunfo del ideal comunista y libertario que nunca ha cesado de perseguir y que perseguirá hasta su muerte.

Sí, lo repito, me es dulce, en el atardecer de mi vida, fijar los rasgos de este Cristo láico, cuyos labios libaron en la copa amarga, después de haber conocido, a veces, la sonrisa inefable que él hada de las nobles quimeras pone en la boca de sus amantes.

Haciendo esto olvidaré bastantes villanías de las cuales yo he sido testigo. Mi mirada descansará de los traidores, de los farsantes, de los escépticos y de los ambiciosos insinceros que he encontrado en mi ruta, desde aquel día ya lejano, en que, renunciando a los privilegios de mi casta, a la gloria literaria y política, a las colaboraciones bien retribuidas del *Figaro* del *Tiempo* y de las grandes revistas burguesas que publicaron mis obras, siguiendo así un camino contrario al que siguieron tantos otros, yo he consagrado mi pluma y mi palabra a defender a los pequeños, a los humildes, a los desheredados, a todas las víctimas de la fuerza, a todos los vencidos de la vida, para apresurar, con mi débil esfuerzo, la aurora libertadora de los *tiempos nuevos*.

P. Vigné d'OTON

La mente humana en el proceso de su formación

La actitud mental de una nueva época

Un exámen crítico de esa índole de todas nuestras opiniones y creencias fundamentales és hoy, más que nunca, de importancia extraordinaria, dado el estado general en que se encuentran los hombres de pensamiento. Cuando contemplan el desconcierto espantoso de los asuntos humanos que prevalece hoy en la mayoría de los países civilizados, incluso el nuestro, aún las mejores mentalidades se ven aturdidas y embarazadas para adoptar una actitud y dominar la situación. El mundo parece exigir una regeneración moral y económica peligrosa de posponer, pero aún insegura de comprender y dirigir. La regeneración intelectual preliminar que pondría a nuestros dirigentes en condiciones de determinar y contralorear el curso de los acontecimientos aún no se ha producido. Tenemos que atacar condiciones sin precedente alguno; tenemos que hacer novísimos arreglos; ninguna duda puede caber de todo esto. Pero tenemos también un enorme depósito de conocimientos científicos, desconocidos para nuestros abuelos, con los cuales podemos operar. Las condiciones sociales actuales son tan novedosas, los conocimientos científicos son tan vastos, que debemos sin mayor dilación emprender la ardua tarea de reconsiderar una gran parte de nuestras opiniones acerca del hombre y de sus relaciones con los demás hombres, opiniones que han llegado hasta nosotros de generaciones pasadas que vivían, por cierto, en condiciones sociales muy diferentes y que poseían una suma mucho menor de conocimientos sobre el mundo y los hombres. Debemos, sin embargo, como condición previa, crear una actitud mental sin precedentes, que sea capaz de abarcar esas condiciones sociales sin precedente alguno, y que sepa también utilizar esos conocimientos que tampoco tienen precedentes en la historia de la humanidad. He ahí el paso preliminar y más difícil de dar — mucho más difícil de lo que podemos sospechar, si olvidamos que para darlo es menester superar inveteradas tendencias naturales y hábitos artificiales de vieja raigambre.

¿Cómo hemos de situarnos para llegar a pensar en cosas sobre las cuales, no solamente nunca habíamos pensado anteriormente, sino que son también por sí mismas recalcitrantes a toda pregunta o duda? Más brevemente: ¿cómo hemos de llegar a abrir nuestra mentalidad a las nuevas corrientes y a despojarnos de los prejuicios usuales?

Como estudiante de los acontecimientos históricos que por muchos años se ha dedicado a investigar los caminos por los cuales hemos llegado a tener nuestras actuales ideas y convicciones sobre la humanidad y las relaciones humanas, el que esto escribe ha llegado a la conclusión de que la historia puede por lo menos arrojar una gran luz sobre nuestras actuales ideologías y enigmas. Desde luego que por Historia no quiero significar esa crónica convencional de los hechos remotos e inaplicables que amargó los días juveniles de muchos de nosotros, sino más bien un estudio sobre los caminos por los cuales el hombre ha llegado a ser lo que es y a creer lo que cree. Ningún historiador ha conseguido aún desentrañar claramente esa trama y hacerla popular, pero una cantidad de consideraciones están ya suficientemente aclaradas y no es imposible, sin duda, que llegue el cercano día en que todas ellas sean expresadas en forma popular. Yo me aventuro a opinar que si algunos hechos históricos indisputables fueran conocidos y aceptados, y si llegaran a jugar un papel diario en nuestro pensamiento, el mundo llegaría pronto a ser un lugar muy diferente de lo que ahora es. No podríamos entonces seguir engañándonos en esa forma simple en que ahora lo hacemos, ni podríamos tampoco seguir sacando provecho de la ignorancia primitiva de los demás. Todas nuestras discusiones sobre cambios sociales, políticos o industriales, subirían automáticamente a un plano superior de fecundidad y de profundidad de conocimientos.

"Cuando llegue el momento de escribir la historia intelectual de nuestros tiempos, ningún hecho, creo yo, sorprenderá tanto como el insondable abismo en calidad que hoy existe entre las fecundas investigaciones científicas, tan soberbias y tan ricas, y el pensamiento general de las otras partes educadas de la comunidad. No quiero significar con esto que los hombres de ciencia sean, en su conjunto, una clase de superhombres, y que sean capaces de tratar y de pensar todo en una forma superior al resto de la humanidad, sino que, en el campo de sus estudios, ellos piensan y trabajan con una intensidad, una integridad, una profundidad, audacia, paciencia, comprensión y fidelidad — excepto algunos pocos artistas — que coloca la obra de todos ellos muy por encima de toda comparación con el resto de las actividades humanas.

"En esas direcciones particulares la mente humana ha conquistado una nueva y superior calidad de actitud y de gestos, una veracidad, una propia prominencia y un abnegado rigor de crítica propia que tiende a expandirse y que algún día llegará, sin duda, a comprender todos los otros asuntos humanos."

Es indispensable la reconstrucción de nuestra mentalidad.

Ninguna persona enterada, aunque sea en forma muy superficial, de los resultados obtenidos por los estudiantes de la Naturaleza durante los tres últimos siglos dejará de ver que el pensamiento de éstos ha sido, de una actividad extraordinaria para lograr el aumento constante de nuestro círculo de conocimientos sobre el Universo, desde la enorme nebulosa hasta el pequeñísimo átomo; aún más, este conocmiiento ha sido aplicado en forma tal que ha llegado a revolucionar los asuntos humanos, y tanto el conocimiento como sus aplicaciones parecen ser únicamente los felices comienzos de una ruta que nos ha de brindar aún indefinidas revelaciones, si continuamos aplicando la misma clase de pensamiento en la misma forma paciente y escrupulosa. Pero el conocimiento del hombre, de las mismas fuentes de su conducta, de sus relaciones con sus semejantes, individualmente o en grupos, y la regulación feliz del intercurso humano en interés de la armonía y de la lealtad humanas no ha hcho tales progresos. Los tratados de Aristóteles sobre astronomía y física y sus nociones de "generación y decadencia" y de los procesos químicos fueron echados a un lado hace ya mucho tiempo, pero su política y su ética conservan aún la aprobación general. ¿Significa esto que la penetración del pensamiento aristotelíano en las ciencias del hombre excedió tanto a su dominación sobre las ciencias naturales, o es en cambio la prueba de que el progreso de la humanidad en el conocimiento científico y en la regulación de los asuntos humanos ha permanecido casi estacionario por más de dos mil años? Creo que podemos afirmar con seguridad esto último. Tres siglos de pensamiento científico y de sutiles invenciones han sido necesarios para obtener que el químico o el físico moderno llegaran a localizar su atención en el electrón y en sus relaciones con el misterioso núcleo del átomo, o para permitir al embriólogo estudiar los primeros movimientos de un huevo fertilizado. Pero hasta ahora, el estudio en los asuntos humanos ha entrado apenas una pequeñísima cantidad de esta clase de pensamientos.

Si nos ponemos a comparar, tomando un ejemplo fácil y de actualidad, las discusiones en el Senado de los Estados Unidos sobre la Liga de las Naciones con las consideraciones que oímos alrededor de un automóvil roto en un pequeño garage del camino, el contraste es chocante. El mecánico rural piensa científicamente; su único propósito está en aprovechar sus conocimientos sobre la naturaleza y el funcionamiento del automóvil con el fin de hacerlo caminar una vez más. El senador, por el otro lado, se nos presenta constantemente como un ignorante en el conocimiento de la naturaleza y del funcionamiento de las sanciones, y sólo confía en la retórica y en los llamados a temores o esperanzas vagas, cuando no a una simple animosidad partidista.

Los hombres de ciencia se han venido preocupando mucho durante un siglo, por revolucionarizar las relaciones prácticas entre las naciones. El océano no es ya una barrera, como lo era en los días de Washington, sino más bien, en todos los propósitos e intenciones, una lisa avenida que une con fuerza, en vez de separar con seguridad, los continentes oriental y occidental. El senador, sin embargo, desvergonzadamente apelará a los procedimientos de un siglo atrás, útiles, posiblemente en sus días, pero que ahora constituyen un peligro más bien que una guía. El mecánico del garage toma, en cambio, su mecanismo tal como lo encuentra hoy y no permite que un respeto místico hacia la forma primitiva de los motores le estorbe en las necesarias reparaciones del momento.

Esa actitud para los fenómenos naturales, en lo que se diferencia de las relaciones puramente humanas, no ganó fácil ni rápidamente la aprobación ni el respeto popular. El proceso de emancipar las ciencias naturales de los prejuicios corrientes, tanto de parte de los instruidos como de los ignorantes, ha sido largo y difícil, ya que han sido necesarios más de tres siglos y aún no se ha finalizado. Si con la imaginación nos remontamos trescientos años atrás, nos encontramos con tres hombres que trataron, por encima de todo, de presentar y defender el sentido común en las ciencias naturales. Uno de ellos — el más elocuente y variadamente persuasivo de todos — fué Bacon. El joven Descartes trataba al mismo tiempo de despojarse de las enseñanzas de un seminario jesuita acudiendo a la Guerra de los Treinta Años, y comenzaba una amplia vida intelectual echando por la borda lo que había aprendido hasta entonces. Galileo cometió por aquella época la gran ofensa de discutir los arduos problemas de la física en el idioma vulgar. En su vejez fué llevado a prisión y obligado a repetir los siete salmos de penitencia por opinar en forma diferente a Aristóteles, Moisés y las enseñanzas de los teólogos. Al saber lo ocurrido a Galileo, Descartes quemó un libro que había escrito, *Sobre el Mundo*, para evitar así que también él cayera en persecuciones.

Desde aquel tiempo hasta los días de Huxley y John Tiske, la lucha ha seguido y sigue aún: es la Guerra de los Trescientos Años por la libertad intelectual en las relaciones con los fenómenos naturales. Ha sido un conflicto contra la ignorancia, la tradición, los intereses creados en la iglesia y en la universidad, con toda esa inventiva prepóstera y esa falsificación cruel que caracteriza las luchas contra nuevas y críticas ideas. Aquellos que levantaron la voz contra los descubrimientos científicos, lo hicieron en nombre de Dios, de la dignidad humana, de la sagrada religión y de la moral. Finalmente, sin embargo, se ha logrado que nuestra instrucción en las ciencias naturales sea tolerantemente libre; pero aún hay grandes grupos de creyentes religiosos organizados que se oponen tercamente a muchas de las más fundamentales conquistas de la biología. Es posible encontrar cientos de miles de lectores para la exegénesis que el pastor Russell ha hecho del Ezequiel y el Apocalipsis frente a los simples centenares que leen *Heredity and Ennorronment* de Corklin o *Creatine Chemistry* de Slosson.

Ningún editor acepta un libro de texto en Historia que se funde en una rígida declaración de los conocimientos que hoy poseemos sobre la ascendencia animal del hombre. Eso no obstante, puede decirse que por regla general nuestros hombres de ciencia pueden realizar sus investigaciones y estudios con poca e ineficiente hostilidad de parte del clero y de las escuelas. El cuerpo social se ha hecho tolerante para ese virus.

Tal no ocurre, sin embargo, en las ciencias sociales. No es posible dejar de hacer una mueca al usar la expresión "ciencia social", ya que parece que aún no hemos llegado a nada que se asemeje a una verdadera ciencia del hombre. Por eso, por ciencia social entiendo nuestros balbuceantes esfuerzos para estudiar el hombre, sus impulsos y provisiones naturales y las relaciones con sus semejantes a la luz del origen y de la historia de la raza. Una empresa de esta índole ha tenido que luchar hasta ahora con un gran número de obstáculos, esencialmente más embarazosos y en mucha mayor cantidad que aquellos que se opusieron por trescientos años a toda conquista de las ciencias naturales. Los asuntos humanos son, en sí mismos, mucho más intrincados que las moléculas y los cromosomos. El germen de un roble es la simplicidad en persona comparada con las emociones de una muchachita. Pero esto es solamente una razón de más para justificar la necesidad de traer a los asuntos humanos esa forma crítica de pensamiento y de cálculo, para la cual el tan remunerativo pensamiento sobre las moléculas y los cromosomos ha preparado el camino.

No quiero, ni por un momento, decir que será posible utilizar la misma clase de pensamiento en el complejo estudio de la humanidad que en las reacciones químicas o en los ajustes mecánicos. Está fuera de cuestión obtener resultados científicos exactos, tales como se encuentran en Mecánica, por ejemplo. Resultaría muy poco científico pretender aplicar tales resultados. No estoy defendiendo un método particular de tratar los asuntos humanos, sino más bien ese marco general, esa actitud crítica, tan debilmente desarrollada hasta ahora por todas esas personas que pretenden ser los pastores del hombre, sea en cuestiones religiosas, políticas, económicas o académicas. La mayor parte del progreso humano ha sido, como lo dice Wells, un simple "arrastrarse por el pantano". Ha sido un hábito del hombre racionalizar y santificar sus caminos guardando muy escasa consideración para con su conveniencia fundamental y permanente. Un ejemplo notable de lo que puede significar este empantanamiento lo hemos visto en estos últimos seis años en la matanza o mutilación de quince millones de nuestra juventud, con pérdidas incalculables, desorden contínuo y extravío general. Y todavía los hombres parecen ir empujados ciegamente a defender y perpetuar las condiciones mismas que produjeron tan reciente desastre.

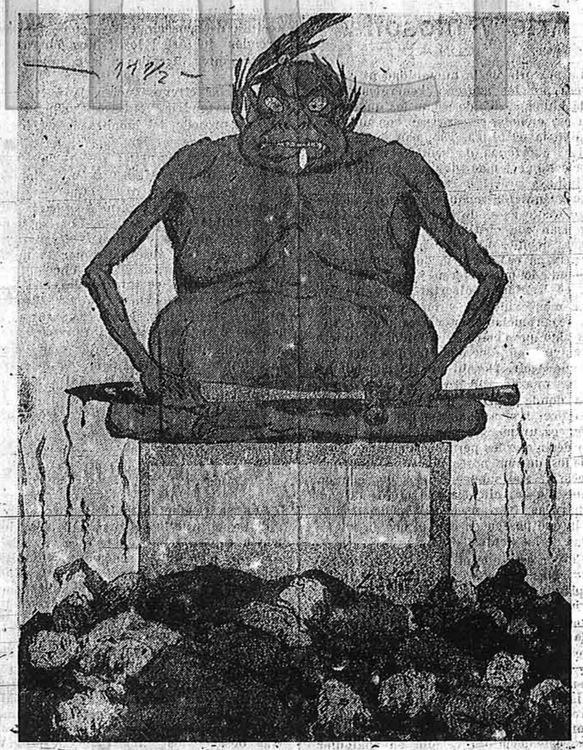
A menos que deseemos volver a pasar por una calamidad igual o similar, debemos, como lo he expresado anteriormente crear una actitud mental nueva y sin precedentes para enfocar las condiciones también nuevas y sin precedentes que nos rodean. Debemos realizar una total reconstrucción de nuestra mentalidad con el propósito de llegar a comprender la real conducta y organización humanas. Debemos examinar los hechos crítica y desapasionadamente, y permitir recién entonces que se formule nuestra filosofía como el justo resultado de ese exámen, en vez de seguir viendo los hechos reales a la luz de arcaicas filosofías, economías políticas y éticas. Hoy por hoy, nosotros principiamos adoptando una filosofía determinada y luego racionalizamos los hechos dentro de ese molde. Debemos invertir ese proceso, tal como lo hicieron aquellos que comenzaron la gran obra en la ciencia experimental; debemos enfocar los hechos primero y luego pacientemente espera la emergencia de una nueva filosofía.

Esta prontitud por examinar los fundamentos mismos de la sociedad no implica una incitación o un empeño en verificar una transformación social apresurada, pero por otra parte es muy cierto que ningún cambio inteligente o necesario podrá ser realizado sino se ha hecho antes ese exámen.

Vuelvo entonces a mi punto original que, en este exámen de los hechos existentes, la Historia, distinguiendo las razones "reales" de las razones "buenas" en una buena parte de nuestras más fundamentales creencias corrientes, dará una suficiente libertad a nuestras mentes como para hacerlas capaces de un funcionamiento honesto de nuestra capacidad de pensar. También se puede afirmar que si ciertos hechos históricos generalmente aceptados pudieran entrar en constante juego en nuestro pensamiento, eliminarían automáticamente una parte muy considerable de la ceguera y de la enorme estupidez que caracteriza nuestro actual pensamiento y nuestra dirección de los asuntos públicos y al mismo tiempo contribuirían grandemente a desarrollar la necesaria actitud científica en los asuntos humanos. — hacia una reconstrucción y expansión de nuestra mentalidad.

(*Continuará*).

EL MILITARISMO



De nuevo Marte empuña la espada. ¡Hay que ofrecer nuevas víctimas en holocausto al divino vientre del terrible Dios!

La Ciencia y el Anarquismo

VII

Antiguas civilizaciones. — (A) Civilización Egipcia.

Lo que queda de arquitectura egipcia — durante la opresión cristiana fueron destruidos casi todos los templos — nos demuestra que es la más sólida, la más durable, la más maravillosa y la más grandiosa del mundo.

Los egipcios consideraban que las moradas de los vivos eran hechas para vivir poco tiempo, pero que en cambio las tumbas lo eran para vivir eternamente. Por este motivo se construyeron las Pirámides, tumbas monumentales de los Faraones.

—

Se conoce solamente un templo construido bajo el Antiguo Imperio, es el de la Esfinge, así llamado por estar cercano a esta enorme alegoría y a la cual estaba consagrado.

Para construir tan enormes monumentos, se despoblaba toda una provincia y se la hacía trabajar hasta que sus habitantes estuvieran extenuados; entonces se los hacía regresar y se despoblaba otra provincia, hasta que la obra estuviera concluida. Monumentos de proporciones colosales, macizos, de líneas severas e imponentes han desafiado el correr de los siglos impunemente.

Los del Imperio Medio han sido destruidos casi totalmente por la invasión de los pastores, los Hykeos.

De esa época no se han encontrado sino las tumbas subterráneas de Beni-Assan.

El apogeo de la arquitectura egipcia fué durante el Nuevo Imperio.

Numerosas ciudades fueron artísticamente restauradas. Largos subterráneos servían de tumbas. Se elevaron templos en la orilla izquierda del Nilo.

El más célebre es el del dios Ammon en Karnak. Son notables sus colosos de granito y la gran sala hypostile, extraordinaria maravilla del genio constructivo y arquitectural de los egipcios.

—

Los primeros ensayos de escultura, bajo el Antiguo Imperio, fueron efigies de un realismo poderoso, en madera, mármol y granito.

Más tarde se hicieron las de bronce.

Del Imperio Medio quedan sobre todo los bajorrelieves de los templos y monumentos.

Bajo el Nuevo Imperio, en los bajorrelieves, siempre las cabezas y las piernas están de perfil, mientras los ojos, las espaldas y los pechos están de frente.

Una corriente de la escultura moderna está inspirada en el concepto de la escultura egipcia, es decir, arquitectural, constructiva.

—

La pintura egipcia ha sido puramente decorativa y como toda pintura primitiva empleaba colores enteros, vivos, en simples contrastes.

—

Las artes industriales alcanzaron un gran desarrollo. Las más pequeñas joyas tienen la majestad de sus colosos. El oro y la plata han sido trabajados por ellos con una notable perfección.

El bronce lo conocieron desde el Antiguo Imperio.

Notable también era el dominio que tenían en el arte del vidrio y de los esmaltes. El esmalte fué usado con profusión en los objetos de vidrio y de metal. Aún hoy en las escavaciones que se están efectuando se sigue encontrando joyas, bibelots, tejidos simples y bordados admirables.

(B). La civilización Caldeo-Asiria.

Ahora nos transportaremos al Asia. Aquí también, son los dos ríos, el Tigre y el Eufrates, análogos al Nilo, las causas principales de las brillantes civilizaciones asiáticas.

Como el Nilo y más que él, estos dos desbordan sobre las comarcas ribereñas, enriqueciendo sus tierras pero también devastando todo a su paso.

Por esto la civilización apareció solamente cuando, después del esfuerzo de numerosas generaciones, fué posible encauzarlos regularmente.

La Caldea y la Asiria, hoy desiertas, fueron, hace millares de años, pobladas de ciudades florecientes de las cuales se encuentran vestigios bajo la arena que las ha cubierto.

La Caldea o Babilonia, es una vasta llanura llena de fuentes de asfalto que sirve como combustible.

La Asiria o Mesopotamia encierra, en cambio, riquezas minerales: calcáreas, arcilla, mármol, hierro, plomo, plata, antimonio.

Los Asirios eran de la raza semita. En cuanto a los Caldeos es difícil saber de que raza descienden. En sus obras de arte se encuentra siempre el tipo semita, pero no es a ellos a los que debemos la civilización Caldea-Asiria, sino a contemporáneos de los primeros egipcios, a los Scheson-Hor.

La escritura asiria y la caldea se componía de caracteres cuneiformes. Escribían en ladrillos.

En 1842 se encontró el primer palacio asirio, algunos años más tarde se descubría a Nínive, capital de la Asiria y sus bibliotecas, donde los libros eran ladrillos. Por esto se supone, con bastante fundamento, que las discusiones entre los sabios terminarían a veces con entierros.

Se ha llegado a descifrar los caracteres cuneiformes, esto es, en forma de cuña, y en lugar de las leyendas dejadas por la Biblia o la tradición hoy se puede conocer la verdadera historia de los asirios y caldeos por sus propios escritos.

La Mesopotamia se dividía en dos partes: la Caldea, con Babilonia por capital, y Asiria, cuya capital era Nínive.

Babilonia triunfa durante el primero y el segundo Imperio Caldeo.

Nínive triunfa a su vez durante el primero y el segundo Imperio Asirio.

Pero la historia y el genio de los dos pueblos se confunden:

Babilonia tuvo siempre preponderancia intelectual; Nínive triunfa por la fuerza de las armas.

Los asirios eran de una ferocidad indecible, comparable solamente a la de los judíos. Las crueldades más atroces hacían las delicias de los reyes de Nínive.

El primer imperio caldeo comprende los veintiseis primeros siglos de la historia caldea, y es la época feudal de la Caldea. No se han encontrado sino muy pocas ruinas de monumentos. Después Nínive conquistó a Babilonia, y empieza entonces el primer Imperio asirio, que subsiste hasta 1020 antes de Jesucristo. Todo es obscuro en este período del primer Imperio asirio.

El segundo Imperio asirio (1020 a 625 antes de Jesucristo), le sucede, constantemente en guerra hasta que sucumbe bajo los golpes de sus enemigos, que se habían reunido todos contra el emperador Asirio. Nínive desapareció desde entonces y nadie más habla de ella hasta que el pico de los arqueólogos la pone nuevamente a la luz.

Durante un siglo, Babilonia hereda el poder de Nínive. Es el segundo Imperio caldeo (625 a 533 antes de Jesucristo).

Baltazar, el último rey de Babilonia, fué sorprendido en una orgía por el ejército persa. Fué en ese momento que, según una leyenda, una mano misteriosa trazó sobre las paredes las tres palabras terribles: Mane, Thecel, Fares. Antes de terminar la noche el Imperio caldeo había cesado de existir.

Las dos lenguas de la Mesopotamia fueron, en la Caldea, el sumero-acadian y en Asiria el asirio de familia semítica.

La escritura de los dos países era de caracteres cuneiformes. La ciencia consistía en algunas nociones de astronomía, matemáticas, astrología y magia.

De su industria se han encontrado numerosos instrumentos de sílex de la edad de piedra, de la edad de bronce, hierro y hasta acero templado.

Trabajaban la plata y el oro.

Todos los escritos eran sellados.

Se trabajaba la arcilla, se hacían ladrillos crudos y cocidos. Se conocían los colores: el rojo era el óxido de cobre, el amarillo óxido de hierro, el blanco, óxido de estaño y el azul de cobalto.

El cuero y la madera eran muy empleados.

En fin, los caldeos y los asirios navegaban mucho.

Babilonia fué teocrática, Nínive sometida a un poder absoluto.

El comercio tenía una gran extensión. Perlas, marfil, oro, ébano, perfumes, piedras preciosas, muselinas, se cambiaban por caballos, esclavos, hierro, cedro, bálsamo, trigo.

En Babilonia se practicaba la poligamia. En Nínive las costumbres eran más austeras.

La arquitectura caldea y asiria no es comparable a la arquitectura egipcia.

Los muros de sus templos, monumentos y casas se construían con ladrillos y no han podido resistir a los extragos del tiempo.

Se han encontrado estátuas y bajorrelieves que demuestran que la escultura era muy apreciada.

La pintura no ha existido; pero era reemplazada por un arte maravilloso, el de los ladrillos o baldosas esmaltadas.

Se encuentra cerámica esmaltada en gran cantidad. El vidrio era conocido. Aunque sabemos por los escritores griegos que las industrias textiles eran prósperas, no se han encontrado tejidos.

La metalurgia adelantada y la joyería floreciente.

S. F.

—— (o) ——

EL CULTO A LAS PALABRAS

Tenemos el culto a las palabras, no a las ideas, y todo el arte literario peca por ahí. Creemos que se pueden decir bien cosas feas o falsas, porque separamos la forma del fondo, como si fueran separables; sin ver que la una es consecuencia del otro en los organismos con vida: La expresión de nuestra faz nos revela el estado de nuestro organismo. Esto lo sabe la ciencia naturalista, la que cura con sol, agua, aire, y alimentos; no la pseudo ciencia oficial que nos envenena con drogas, sueros e inyecciones.

Este culto a las palabras, esto de pretender la separación de expresiones y conceptos; es un mal social, no simplemente retórico. Desde la escuela infantil se nos inicia en este cómodo culto a las palabras. El maestro nos enseña a usar palabras, no importa lo que signifiquen; y es a palabras a quienes nos hacen amar, no a ideas: Patria y Dios, sólo son dos palabras, pues nadie en la escuela nos dice lo que significan.

Iconólatras del vocablo, seguimos adorando palabras: ya púberes adoramos la palabra Amor; y al deseo puramente sexual hacia esta o aquella mujer lo definimos amor. Nuestra capacidad de amor es inagotable, tenemos un alma jugosa, un corazón rebosando ternura; y lo único que tenemos es semen en abundancia, porque somos ruines, egoístas, incapaces del sacrificio; y sin estas cualidades no podemos sentir — y sólo sentir es saber — no podemos sentir, saber qué es amor.

Iconólatras del vocablo, ya disminuída nuestra fuente de semen, sustituímos el culto a la palabra Amor por el culto a otra palabra: la palabra Honor. Y como no sabemos qué es Honor — así, con mayúscula, van mejor vestidas todas estas palabras —, como no sabemos qué significa Honor, como no supimos qué significaban Amor, Dios, Patria; creemos que el Honor es sinónimo de frac, como antes creímos que amor era una hembra abundante, Dios un sacerdote y Patria un militar. Una pechera almidonada, una galera, unos botines de charol y un traje con cola; eso es el Honor, o es un caballero, la encarnación humana del Honor. Y aún cuando sepamos que eso con frac es un bolsista o un político, lo seguimos creyendo la encarnación del Honor.

Sí, es un mal social este deleznable culto a las palabras. Se nos enseña en él a separar el fondo de la forma y a adorar a ésta; cómodo culto para los que, siendo sólo forma, pretenden ser adorados: ¿No salió un preceptista retórico aduciendo que toda la poesía se hallaba en las rimas ricas? El culto a las palabras, es el culto a las momias, porque gran número de esas venerables palabras sólo son momias, ya que la idea que las dió origen ha muerto moralmente. Patria (burguesa), Dios (católico), (Amor (animal), Honor (caballeresco); sólo son momias, las ideas que les daban valor moral, vida, ya no existen porque ahora ya no son ideas que propulsan la evolución humana, ya no crean nueva vida, sino que pretenden detenerla. Cuando algo, una idea o un hombre, intenta detener la vida, cuando se hace conservador, ya ha muerto moralmente; y la vida moral es la única verdadera vida y es la que viviremos por nosotros y por los demás. Después existimos sólo para nosotros; pero solamente vivimos cuando algo nos une a los demás hombres; y es la vida moral quien nos liga a ellos.

Tanto hemos infundido el culto a las palabras, que hemos olvidado lo que significaran muchas de ellas. Hoy, un poeta ya puede serlo cualquier pavipollo sin ideas y con habilidad para repetir lugares comunes entre sílabas contadas; hoy, un sabio puede serlo cualquier memorista que se atiborró de papeles viejos. A fuerza de adorar palabras, formas; ya no sabemos qué es belleza y la vemos en cualquier hembrota de pechos y glúteos prominentes. ¡Ya lo monstruoso nos parece bello! Tampoco sabemos ya qué es un gran hombre; y en cualquier empingorotado doctor vemos un gran hombre. Tomamos su gravedad por hábito de meditación, y es grave precisamente porque no meditó nunca. No indagamos si un hombre sabe o siente, para que lo consideremos un gran hombre nos basta con que tenga título y vista lujoso. El título y el traje: dos palabras más cuyas ideas han muerto: la una quiso decir sabiduría la otra elegancia.

Un obeso es para nosotros el arquetipo de la salud: ¡La degeneración de la célula apareciendo como el arquetipo de ella! Este caso es típico. La sociedad está fundamentalmente pervertida, y el culto a las palabras es sólo una manifestación de ello Si tornamos a la sencillez, a despojarnos de trajes y alhajas inútiles y criminales, si comemos sobriamente, sin alcohol ni tabaco, si vivimos con castidad, haremos que la perversión disminuya, y con ella, este mefítico culto a las palabras, ambiente cerrado de templo, en el que los más puros se ahogan y en el que los hipócritas, los pillos y los egoístas ofician de sacerdotes.

No oigamos lo que este hombre dice, indaguemos cómo siente y para ello veamos cómo obra. Para ver si aquel hombre de bastón y jaquet encorsetado es elegante, desnudémosle. Para saber si este señor con título es un sabio, indaguemos qué piensa, cuánto le importa la suerte de los demás hombres; no si sabe malabarizar algunas fórmulas matemáticas o dibujar garabatos para que se los interprete el farmacéutico. Si queremos saber si aquel artista lo es, no vamos a buscar si usa rimas raras o si emplea o no emplea el blanco en sus pinturas; indaguemos si tiene ideas nuevas, o si siente cómo la vulgaridad de los hombres, los que no son artistas, todavía no han sentido, pero sentirán.

¡Honor! ¿Se puede ser hombre de honor y hacer fraude en las elecciones?

¡Amor! ¿Se puede amar a una determinada mujer, cuando la abandonaríamos si un accidente cualquiera la afease?

¡Dios! ¿Se puede creer en que un Dios justo nos juzgará cuando no nos hermanamos con nuestro prójimo?

¡Patria! ¿Se puede amar a la Patria cuando, atravesado el umbral de nuestra casa, nada ni nadie nos importa?

¡No! Es el culto a la palabra, simplemente. No sabemos lo que es honor, ni amor, ni Dios, ni Patria; nos enseñaron a adorar palabras y las seguimos adorando como a fetiches. Eso es todo. Un mal social que comienza por la farsa de la escuela y concluye con la farsa del entierro. Un culto en el que todos tenemos nuestra parte de culpa: Por pereza primero, por egoísmo después. Primero, porque no queremos tomarnos la molestia de pensar y sentir por nosotros; después, porque cuando podemos sentir y pensar, nuestros intereses sienten y piensan por nosotros: ya tenemos una forma, ya somos una palabra, ya hay quien nos rinde culto; y dejamos que se nos rinda ese culto del cual vivimos.

Abandonar el culto a las palabras y tener el de las ideas, a las que estemos dispuestos a abandonar, para tomar el de nuevas ideas, y así sucesivamente: eso es lo que hacen los genios. Eso es vivir en estado de interrogación, de inquietud perpetua; y más cómodo para los hombres perezosos y egoístas es vivir en la satisfacción y la quietud. De ahí el culto a las palabras: Creemos que la espuma es la ola, porque no vemos la fuerza oculta que la produce. Admiramos el efecto, no la causa; como veneramos palabras, no ideas.

Y en este falso culto a las palabras, está fundamentada toda la sociedad: producto químico de la perversión humana, donde se violan todas las leyes de la naturaleza; y de la que nos envanecemos. ¡La vanidad! ¡Suprema palabra!

Alvaro YUNQUE

Diciembre 1922.

—— *** ——

La igualdad

Comienza la cena, triste. Ante las miradas curiosas de los hijos más pequeños revuelve el obrero un huevo en su plato de sopa; minutos después, sólo el ruido de la vajilla y la masticaciónviolenta del padre, que parece querer recuperar de golpe las fuerzas perdidas en la jornada brutal, rompen el silencio; los demás comen tímidamente: la esposa apenas prueba bocado y fija sus ojos, en los que la aflicción puso un velo, en un agujero de la pared; Juan, el vástago mayor, agachado sobre su plato no se atreve a levantar la vista.

—¿No hay novedades? interroga a éste el padre, ceñudo, de un dejo sarcástico, y acoje el mutismo que sigue a su pregunta encogiendo los hombros. Como si sintiese el peso de la final mirada furtiva la madre se vuelve hacia Juan y se contemplan ambos con desaliento. La cena prosigue, en la tristeza! por momentos los ojos de los pequeños se agitan y parecen, inquietos, buscar un asilo, cual si la angustia que se ha guarecido en la casa invadiese también los corazones infantiles; diríase que el choque de los cubiertos era más sonoro que nunca.

Después de dos largos meses de desocupación Juan encontró por fin nuevamente trabajo. Ese día, a la salida de la fábrica, urgíale llegar a su casa y ¡con qué desahogo hizo su entrada en ella!

La sopa estaba servida; iba enfriándose ya; presto sorbió la primera cucharada. Mirábalo el padre reprimiendo la propia satisfacción, y la madre, sonriente, le dijo con ternura:

¿No te agrada el huevo en la sopa? Recién entonces vió Juan un huevo al lado de su cubierto. Acercose la madre y rompiendo la cáscara con un golpe seco sobre el borde del plato, hizo caer yema y clara y las batió unos segundos.

Decididamente, el paladar de Juan no sabía agradecer la distinción, puesto que encontraba amargo el caldo, amargo... iba el muchacho a expresar su repugnancia en un gesto, pero se detuvo cohibido: la envidia estaba en los ojos de sus hermanitos.

Edmundo GUIBURG.

NACIMIENTO, VIDA Y MUERTE DE UNA IDEA (Fin)

Acosada por todas partes, la Idea retorna a su creador, quien la había olvidado ya

Preocupado con una nueva Idea, el autor no le presta atención a la antigua Idea

El autor crucifica la antigua Idea y la archiva entre las cosas viejas

Colocada en un sobre, la nueva Idea, parte a repetir las experiencias de la otra

Convencido de la suerte que espera a la nueva Idea, el autor la ve partir con lágrimas